



La Troppa

WILLY SEMLER
ACTOR

Esta compañía de teatro es una paradoja: ésta es una joven-vieja compañía.

Joven obviamente por su edad, por sus integrantes y evidentemente por el estilo de teatro que han desarrollado desde sus inicios. Un estilo que, además de basarse en la búsqueda experimental de un lenguaje que tiene que ver con el actor, los objetos y la interrelación dinámica que se genera entre ambos hasta llegar a traducirse en conductas que nos cuentan una historia, explora en los espacios escénicos traducidos en los más diversos lugares de acción donde estas historias ocurren. Las soluciones a las que llegan son definitivamente fetichistas y el mayor problema que esto produce, para uno como espectador, es que es un fetichismo altamente contagioso. Al punto que después de ver una presentación de la obra **Geme los**, por ejemplo, uno piensa y siente que no hay otra forma de hacer esa historia en el teatro.

Es claro que además uno tiene la sensación de estar viendo algo que se estaciona entre el teatro y el cine, y el hecho de que esta experiencia sea directa le otorga una magia única y conmovedora.

Para quienes hayan visto la obra **Geme los**, basta citar las escenas bajo el agua como claro ejemplo de lo antes dicho.

Este fenómeno es único en el trabajo de esta joven-vieja compañía. Quiero decir que cuando uno ve una película en el cine sabe que eso no es un acto presente, que fue hecho y filmado en lugares reales y que existe una gran variedad de efectos especiales que alteran aún más la realidad, pero en definitiva, todo eso

está envasado. O, cuando uno ve una buena obra de teatro, la disfruta sabiendo que hay leyes físicas que no se podrán alterar sino a través de trucos ante los que uno está predispuesto a convenir.

Pero con La Troppa estas dos afirmaciones se van al saco y uno tiene la sensación a ratos de que, o lo han hipnotizado o que algún tipo de magia se genera realmente en escena. El típico comentario post-post moderno: *la vida es como en el arte*. Aquí es de verdad.

No es sólo que lleguen a trucos muy buenos, sino al grado de sensibilidad que estas soluciones hacen vibrar en el espectador. Y, ¿qué pasa? Bueno, que uno lo cree todo, que la historia que nos cuentan simultáneamente **sucede** ante nuestros ojos y ante nosotros mismos. Nada tan nuevo. Esto es de Aristóteles, pero aquí está presente otra vez. Y de una forma tan requete original que uno no puede sino pensar y sentir que es la primera vez. (Y, sin embargo, el fenómeno tiene algo así como cuatro mil quinientos años).

Y nuestras propias historias, que recreamos y revivimos mientras asistimos a esta vieja y cruel historia que nos cuenta la Troppa, se confunden con la ficción y con la realidad y con qué se yo qué. La cosa es que la obra es todo, mientras dura la representación. Después de un par de horas, todo vuelve a ser como siempre, en nuestra vida cotidiana, quiero decir. Pero, sin embargo, tenemos **recuerdos** de la guerra, del horror, de la soledad, del desamparo, de una trágica fraternidad que sucumbió en su tragedia. Nos **acordamos** como si lo hubiésemos vivido, y sin
(continúa en página 6 abajo)

(viene de página 4)

a nuestro particular universo simbólico y que, en último término, nos lleva a la eterna lucha por recuperar esa amable paz de cuando, siendo niños, soñábamos serenos, o más atrás, cuando no había dolor ni hambre ni frío en el vientre de nuestra madre, o más atrás, sin odio ni vergüenza, en el paraíso perdido, o más atrás aún, hasta que ya no nos acordamos cuando fue que perdimos esa amable paz.

LOS ETERNOS PERDEDORES

En esa oscura raza se convierten los gemelos al ser abandonados por su madre, y la abuela se los hará saber rápidamente, con una cruel bienvenida de golpes y ayunos forzados. No hay escapatoria, están dentro del laberinto y deberán recorrerlo completo si quieren sobrevivir. *No hay nadie que pueda ayudarlos*, pareciera

decir la abuela con cada latigazo, ofensa y desprecio a que los somete. Nadie puede salvarlos en tiempos de guerra. No hay general ni ejército ni madre ni ser iluminado —de Dios para abajo— que haga algo por ellos. Y los niños aprenden bien la lección; a fuerza de apretar el corazón, se convierten en alumnos ejemplares. Pero dejan una puerta abierta para mantener vivos en ellos el amor, la compasión, la caridad y la capacidad de hacer el bien al prójimo gratuitamente.

Y después de tanto ver y sufrir la guerra y las lacras que la acompañan, estos tres perdedores ignorados pueden sentirse por una vez orgullosos y felices. Sin quererlo, han creado lazos fuertes e indisolubles. En esa pobre casa de campo se ha formado una familia. Ellos, entre los tres, han sido capaces de crear un hogar donde poder disfrutar, quizás brevemente, sólo el tiempo que dura un abrazo, de esa anhelada amable paz.



Juan Carlos Zagal, Laura Pizarro y Jaime Lorca en *Gemelos*, de La Troppa, 1999.

(viene de página 5)

embargo, no. Sólo asistimos a la representación de todo aquello. Y más encima, una representación *neo-naif* por definirla de alguna pseudo-forma. Esto último en relación a que los personajes no están representados por actores exactamente, sino por unas especies de títeres humanos: se supone que debieran ser graciosos, sin embargo, son trágicamente encantadores. Uno debiera odiar, según la lógica, a esa vieja que dice *hijos de perra* a cada rato. Pero por algún fenómeno incomprensible a la maldita razón, al final la adora-

mos, queremos que los proteja, a los dos hermanos malditos, y en ellos a nosotros.

En fin, La Troppa es, a mi juicio, de lo mejor de nuestro teatro. Lo hacen bien, lo piensan, lo sienten y lo ejecutan como ninguno de nosotros. Es mi modesta opinión.

Son viejos, porque independientemente de las estúpidas críticas que han recibido en su propio país, el teatro que hacen es ancestral y sabio, y es muy buen teatro. Son jóvenes porque lo son, mal que nos pese a todos los demás.